

SAFARI ASFÁLTICO



SERGIO C. FANJUL



MADRID

El año pasado, durante Veranos de la Villa, el escritor asturiano Sergio C. Fanjul hizo veintidós recorridos a pie por los distintos distritos de la capital, ofreciéndonos cada vez un relato posterior. Su mirada estaba centrada más bien en lo arquitectónico, lo urbanístico, lo social y lo humano. Pero aunque pensemos que las ciudades son el reino de los seres humanos y sus obras, la naturaleza, incesante e imparable, se cuela por cada rendija que encuentra, a veces de forma inadvertida. Convivimos también con árboles, aves, flores espontáneas, mascotas, insectos... En la Casa de Campo pastan de nuevo las ovejas y los ciervos corren a sus anchas en el monte de El Pardo. Este año, Sergio C. Fanjul (licenciado en Astrofísica, poeta, comentarista radiofónico, columnista y periodista) se convertirá en una especie de Félix Rodríguez de la Fuente urbano para acercarnos a los seres vivos que comparten con nosotros las partes más y menos verdes de la ciudad.

- 1* LA FAUNA QUE NO PAGA EL ALQUILER
- 2* HISTORIAS QUE CUENTAN LOS ÁRBOLES URBANOS
- 3* JUSTICIA PARA LAS PALOMAS
- 4* ¿QUÉ LES PASA A LOS OJOS DE LOS PERROS?
- 5* AHÍ VIENE LA PLAGA
- 6* UN CHORRO DE NATURALEZA QUE ATRAVIESA MADRID
- 7* LAS PERSEGUIDORAS DE LA PRIMAVERA
- 8* LA CIUDAD ES UN BOSQUE DORMIDO
- 9* EL AGUA BAJO NUESTROS PIES
- 10* LA VIDA EN LA CIUDAD DE LOS MUERTOS
- 11* ¿QUÉ DEMONIOS ES UN LIQUEN?
- 12* HALCONES DE CIUDAD
- 13* ¿SON LOS PARQUES PARTE DE LA NATURALEZA?

LA FAUNA QUE NO PAGA EL ALQUILER

Cuando entré en casa vi una pequeña sombra en mitad de la luz solar que entraba a saco en el suelo del pasillo. No sabía lo que era. Di unos pasos hacia ella y la sombra se movió muy rápido, como un rayo, hasta volver a quedarse petrificada. Di otro par de pasos y la sombra volvió a hacer ese movimiento eléctrico y veloz, esta vez hasta ocultarse debajo de una caja metálica llena de discos de vinilo que un amigo dejó hace demasiados meses y no vuelve a recoger.

Me asomé a la ranura debajo de la caja y lo que vi fue la manita verde de una lagartija, o de lo que yo llamo una lagartija (no sé si se trata de algún tipo de salamandra o a saber qué reptil extraño). Era una manita pequeña y perfecta, casi platónica, como de un feto extraterrestre. Yo había dejado abierta la puerta del balcón, donde ahora florece el olmo municipal, y el bichejo debía de haber entrado por allí. Me dio miedo, porque no estoy acostumbrado a tener este tipo de bestias en casa, así que me hice el loco, no se lo dije a Liliana, y esperé a que desapareciera la manita. Y desapareció. Durante unos días temí que estuviera subida a mi hombro o durmiendo encima de mi cabeza mientras yo dormía.

Pensamos que la urbe es el territorio inexpugnable de los humanos, pero la naturaleza (si es que nosotros y la ciudad no somos parte de la Naturaleza) se cuela allí por donde puede. Una casa está llena de seres, de hongos, de mohos, de esporas, de pequeños insectos, miles de especies. Yo tengo arañas, que tejen y destejen como Penélope, porque dicen que se comen a los otros bichos, como moscas y mosquitos: el drama cósmico de la depredación también se da puertas adentro y no solo en los documentales de La 2.

No solemos reparar en ellos, porque son pequeños y esquivos, algunos solo salen de noche. Una madrugada funesta me levanté de la cama a hacer pis y me encontré a una enorme cucaracha levantando orgullosa sus antenas, como un ciervo, en mitad de la bañera. Me miró a los ojos desafiante. Evité enfrentarme a ella, corrí a refugiarme entre las sábanas y no volvió a aparecer. El pececillo de plata (*Lepisma saccharina*), ese que suele verse también en el cuarto de baño, es de costumbres nocturnas, carne de *after hours*, por eso cuando enciendes la luz siempre le pillas huyendo, como Cenicienta. Ninguno de ellos paga el alquiler, con la falta que hace.

Eso sin contar los kilos de bacterias que viajan en nuestro intestino y que permiten que hagamos la digestión, también en nuestra boca (donde llevamos unas 600 especies) o en nuestra vagina. En una ocasión entrevisté a un científico que estudiaba las bacterias de la cavidad bucal: contaba que dos de sus pupilos investigadores habían entablado una relación sentimental. Ella no tenía caries (era parte de ese afortunado 10% de la población), y él

sí: tras comenzar su idilio dejó de tenerlas. Al parecer, apasionados morreos mediante, ella le había transferido a él unas bacterias que evitaban que se le cariaran los dientes. El amor puede romper el corazón, pero también puede mejorar tu salud dental. En un beso de diez segundos (eso ya es darse el lote) se pueden compartir hasta 80 millones de bacterias. Las bacterias no solo se encuentran dentro de nuestros cuerpos: otras zonas de la casa como los interruptores, los pomos de las puertas o el suelo congregan a buena parte de la población.

También relacionada con el amor, en su forma más gimnástica y pecaminosa, está la ladilla (*Pthirus pubis*) y por ciertas cabezas campan a sus anchas los piojos (*Pediculus humanus*). Si usted deja demasiado tiempo las fresas en la nevera, les sale ese moho peludo y las tira a la basura, pero, en cambio, cuando usted se come el queso azul de la misma nevera, se está comiendo los hongos que le confieren sus propiedades organolépticas. El moho del Cabrales o del Roquefort, tan rico, es del género *Penicillium*, como la penicilina (*Penicillium chrysogenum*), cuyas propiedades antibióticas descubrió accidentalmente Alexander Fleming en un caso clásico de serendipia científica que ha salvado millones de vidas.

Mención aparte merecen las pelusas que aparecen incomprendiblemente, como por arte de magia, por las esquinas y recovecos de la casa. ¿De qué dimensión paralela vienen estas cosas raras? En realidad, estas galaxias ominosas, casi imposibles de desprender del cepillo de la escoba (conozco un piso compartido donde se turnan para realizar esta desagradable tarea), son un conjunto de pelos, polvo, restos de piel, ácaros, bacterias, esporas, etc, una especie de microvertedero rodante de nuestros domicilios.

Una de las experiencias más notables y terribles de los últimos años de mi vida fue conocer la existencia de los *Demodex folliculorum*, esos temibles ácaros con pinta (al microscopio) de gusanos alienígenas con cabeza de tentáculos que viven dentro de los poros y folículos pilosos de nuestra cara. Al parecer, al anochecer salen de sus guaridas para hacer el amor sobre nuestras mejillas.

HISTORIAS QUE CUENTAN LOS ÁRBOLES URBANOS

Aunque nací en un sitio tan verde y campestre como Asturias, no comprendí del todo el ciclo de las estaciones hasta que no viví en un piso en el centro de Madrid, en el corazón de la urbe, con un balcón a la calle Argumosa, Lavapiés, donde hay un olmo y una acacia. Allí, en sus ramas, pude comprobar cómo muta la vida en el calendario, los tristes ramajes desnudos del invierno, la explosiva alegría que trae la primavera. Ver la vida de los simpáticos gorriones en su nido como quien mira a los concursantes de Gran Hermano. Al despertar de la siesta en mi sofá desvencijado pienso que despierto en un jardín, arrullado por el *komorebi*, que es como llaman los japoneses a ese oleaje lumínico que crea el sol al filtrarse entre las hojas.

Que lo que tengo delante son un olmo y una acacia tardé en saberlo, y eso que dicen que los poetas tienen que conocer los nombres de los árboles. Hay una web del Ayuntamiento donde se registra cada árbol urbano con su especie, características y propio número de DNI (es un decir). Luego supe que no son exactamente un olmo y una acacia, fue cuando me cité con Ramón Gómez, paisajista del estudio Herba Nova, que vino amablemente hasta mi calle y me explicó con gran entusiasmo lo que tengo delante de casa. Sabe mucho.

El olmo no es un olmo autóctono, sino un olmo de Siberia (*Ulmus pumila*). "Una enfermedad llamada grafiosis diezmó a mediados del siglo XX la población de olmos autóctonos, así que se empezaron a utilizar estos", dice Gómez, "son más pequeños que los nuestros, y más feos". A mí me parece bonito, pero bueno. Es un árbol que vive rápido y muere joven, como una estrella del rock, y se reproduce mucho, como ciertos religiosos, así que se considera, en el entorno natural, una especie invasora.

Los árboles urbanos tienen que ser resistentes y aguerridos, son una especie de marines del arbolado en ambiente hostil que aguantan podas, espacios reducidos y contaminación. Pero este no tanto: "Este olmo es muy enfermizo, su madera es muy blanda, en verano lo verás lleno de un insecto que se llama galeruca que come y perfora las hojas".

La acacia que tengo ahí se llama acacia del Japón (*Sophora japonica*), pero como me dice Ramón, ni es acacia, porque su género es otro, ni es del Japón. "En realidad es de China, pero llegó a Japón debido a las intensas relaciones comerciales entre ambos países" explica, "en Japón se utilizaban sus tintes para crear el color amarillo que solo llevaba el emperador. También la llaman árbol de las pagodas y solo se plantaba en las tumbas de personas ilustres". Vaya, que es un árbol importante. No sabe uno lo que tiene delante del portal, todo está lleno de historias que desconocemos.

Un día me asomé al balcón y vi a un señor, qué susto. Resulta que era un leñador municipal (o al menos así lo llamé yo) que, subido a una plataforma, podaba con una motosierra las ramas de mi olmo, que resulta que no es mío, sino de todos. El Ayuntamiento poda con frecuencia los árboles urbanos, porque se meten por las ventanas y los balcones (a mí no me molestan) y, sobre todo, para evitar que una rama se caiga y provoque una desgracia, como a veces ha pasado.

En Madrid hay 300.000 árboles, más del 55% de las calles están arboladas con alrededor de 210 especies diferentes: el plátano de sombra es el árbol urbano por excelencia, pero también abundan la falsa acacia del Japón, la falsa acacia americana, la acacia de tres espinas, los olmos, la melia, el arce de Freeman, el árbol chino del barniz, el árbol de la seda, etc. Que haya gran diversidad evita que las plagas hagan mella en el arbolado. "Esta es una de las ciudades con más árboles del mundo", dice Ramón, "pero no es tan buena idea: es preferible la calidad que la cantidad". Reivindica menos árboles, pero con más espacio, para que puedan desarrollarse totalmente, no necesitar tantas podas, con las que sufren (al perder ramas y hojas, los árboles no consiguen la energía que necesitan), y así ganar en sombra, en alivio de la contaminación y en seguridad.

Un misterio cotidiano es saber qué hay debajo de los alcorques, esos huecos cuadrados en las aceras de los que asoman los árboles. ¿Son un cubículo o hay tierra a placer por debajo del asfalto para que extiendan sus raíces, como cuando yo extendiendo mis brazos, soñoliento, tras la siesta, frente al olmo municipal? Según cuenta el paisajista los alcorques son unos cubos de 80 x 120 centímetros dentro de los cuales las raíces de los árboles andan algo agobiadas.

Como me muestra caminando por la calle Argumosa, algunos árboles comienzan a echar las raíces en espiral, oprimidas por las estrechas dimensiones del alcorque, y pueden llegar a ahogarse. Más allá del alcorque la tierra está muy comprimida, y para los árboles es difícil expandirse y conseguir agua y nutrientes. Algunos de ellos llegan a romper y levantar con sus raíces las aceras. "Lo que le pase a las raíces de un árbol afecta a su parte aérea y viceversa. Cuanto más grande sea el alcorque mejor estará el árbol. Necesitamos árboles en condiciones más dignas", afirma Ramón. "Los árboles tienen que ser considerados como ciudadanos de pleno derecho, porque nos ofrecen muchos beneficios". Antes me daba mucha alegría mirar a los árboles de mi calle, a los olmos, al olmo mío. Ahora me produce algo de angustia.

JUSTICIA PARA LAS PALOMAS

Estaba en el balcón mirando a una paloma despistada que se dedicaba a la introspección, si es que las palomas pueden hacer eso, en mitad de la calzada de la calle Argumosa. Apareció un coche grande y enfiló la calle. Me concentré en comunicarme mentalmente con el animal, porque he leído que las palomas pueden orientarse por el campo magnético terrestre, aunque los científicos no tienen todavía claro cómo. En cualquier caso, quizás podría escuchar mis mensajes mentales. Fruncí el ceño.

La paloma estuvo a punto de ser atropellada, pero, en el último momento, saltó fuera del alcance del neumático. Por los pelos. Apareció otro coche (a pesar de Madrid Central) y la paloma ya se había vuelto a colocar en zona de riesgo. Una vez más, saltó en el último instante y escapó de la muerte. Era una especie de Indiana Jones aviador. Quizás me estaba escuchando, o quizás no estaba tan despistada, solo le gustaba el peligro. Respiré aliviado.

Las palomas son viejas compañeras del ciudadano. Siempre están por ahí, haciendo no se sabe qué, vivir. Caminan meneando la cabeza hacia delante y atrás, como si estuviesen escuchando hip hop. A veces su ritmo me da ganas de mover el esqueleto, pero suelo ir con prisa, siempre pienso que vivo en un videoclip o un flashmob, pero luego descubro que soy presa de la sociedad espectacular y mercantil, y que todo es más triste. Las palomas, que no son situacionistas, sino situacionales, se han adaptado de forma exitosa a la vida en la ciudad, más que muchos animales humanos, porque aquí hay mucha comida, buenos refugios y pocos depredadores (algunos humanos, en cambio, encuentran en las calles poca comida, malos refugios y muchos depredadores). Nos recuerdan que no estamos solos en la urbe.

Es curioso: siempre me imagino a las palomas en los lugares más turísticos, como en la plaza de San Marcos de Venecia o en la plaza Mayor de Madrid, montando mucho jaleo con su sinfonía de batir de alas, cuando todas inician el vuelo al mismo tiempo. Como el jaleo que montan los top manta, esos emprendedores que vienen del otro lado del mundo, cuando les asusta la policía municipal. Les tratamos peor que a las palomas. Igual saben, las palomas y los subsaharianos, que pueden sacar más migas de pan de los turistas, de la misma forma que los fondos de inversión apuestan por llenar todo de Airbnb. Si unos les dan de comer, otros las desprecian: hay quien las llama "las ratas del aire". En latín se llaman *Columba livia*.

A veces, no en el caso referido, las atropellan los coches. Me parece hipnótico mirar las plastas de paloma que uno se encuentra por la calle. Me da mucha pena del pájaro, pero no puedo evitar quedarme mirando esa maraña de sangre, vísceras y plumas grises, de iridiscencias verdes y violáceas. Qué poco es la vida, aunque yo también querría morir así, de un segundo para otro, aplastado por un vehículo gigante, y que los paseadores miraran mi plasta. Aunque he leído que, según les pillen, a veces sufren tremendas agonías.

Otro día, en la calle Tribulete, también en Lavapiés, había una de estas plastas de paloma. Llegó una punki asilvestrada y empezó a arrancarla de la acera con las manos. Quería darle cristiana sepultura, era muy asqueroso, pero también muy tierno. Sus dedos se pringaban con los restos del animal. Se fue a tirar aquella cosa informe a un cubo de la basura y dejó allí, en el suelo, una chupa zarrapastrosa y unas colillas que había recolectado por ahí. En esto que aparece otra pareja de punkis y alucinan con lo que han encontrado en mitad de la calle: ¡una chupa y unas colillas abandonadas! Cuando están haciéndose con el botín reaparece la primera punki corriendo agitada, con las manos manchadas de paloma muerta, reclamando lo que es suyo. "¡Eh, quitad de ahí!". Esa punki, la primera, me pareció bondad matriarcal, enterrando lo que ya ha muerto y solo identificamos como basura pringosa.

Las palomas de ciudad pueden clasificarse dentro de lo que se llaman animales liminales, es decir, esos que viven en el ámbito urbano, pero son silvestres. Liminal viene de no estar ni en un sitio ni en otro, de estar en el límite. Las palomas, al contrario que los gatos y los perros, viven junto a las personas, pero no están domesticadas, van a su bola. Es una de las razones por las que despiertan cierta fobia. "Las palomas han llegado a representar la antítesis del ideal de la metrópolis, que es ordenada y aséptica, con su naturaleza sometida y compartimentada", escribe Colin Jerolmak, autor del libro *The Global Pigeon*, "mientras se la tipifica como un peligro sanitario, la principal 'ofensa' de las palomas es que 'ensucian' los ámbitos exclusivos para uso humano". De ahí lo de "ratas con alas" que trufan la ciudad con sus excrementos, que nos manchan, nos pueden transmitir enfermedades y estropear los monumentos.

Para una convivencia armoniosa entre las palomas y los humanos es necesario su control. "Podemos convivir perfectamente con las palomas", me cuenta José María Cámara, jefe del servicio de control de plagas del Ayuntamiento de Madrid, "los problemas aparecen cuando a alguien le gustan mucho las palomas, las alimenta todos los días, con el resultado de que se agrupan en una zona de la ciudad, anidan en las fachadas y pueden incomodar con sus excrementos o crear riesgos para la salud". Vaya, que el problema, como con los hooligans, no es que haya palomas, sino que se junten muchas.

Además de no alimentar a las palomas, el servicio recomienda evitar la existencia de zonas encharcadas sobre todo en patios o jardines, que pueden atraerlas, y sellar oquedades en fachadas y tejados, donde puedan anidar, entre otras medidas. Hay quien pone unos pinchos ominosos, como un instrumento de tortura de la Inquisición Española, para que las *Columba livia* no se posen en los muros; otros, menos crueles, cuelgan compact discs (triste destino el de los CD's) en su balcón como modo de ahuyentarlas, aunque no sé yo si eso servirá de algo. Es mucho suponer que las palomas sean tan distinguidas como para preferir los discos de vinilo.

¿QUÉ LES PASA A LOS OJOS DE LOS PERROS?

Cada vez hay más perros en Madrid, yo los veo por las calles, con la lengua fuera, obligando a sus dueños a recoger sus cacas, persiguiendo palomas, oliendo culos, meando árboles y ruedas, queriendo ir con obstinación a los lugares que les manda su nariz, siendo perros.

Algunos sociólogos dicen que ahora hay muchos perros porque la gente no tiene hijos. En 2017, según datos del Ayuntamiento, había en Madrid más de 281.300 canes, una cifra en ascenso en los últimos años: suponían el doble de perros que de niños menores de cinco años. Los seres humanos somos terribles porque hemos dejado de pensar como especie y solo nos importa nuestro propio ombligo, nuestro bienestar, nuestro futuro, nuestra carrera profesional, y qué difícil es compaginar el éxito perseguido sin descanso con la generosidad infinita que supone crear y criar a una nueva persona. La Humanidad, así, en general, nos la trae al paio, por eso dejaremos un planeta febril y sediento a las generaciones venideras, que serán pocas y cobardes. Así que, como digo, la gente en vez de hijos tiene perros, que también está muy bien, porque los perros molan y la mayoría son muy monos. Son más baratos.

A mí antes los perros me daban igual, hasta que en verano de 2017 me mudé durante tres semanas al distrito de Usera, a las encantadoras casitas de la Colonia Moscardó, a cuidar al perro Dako, perdiguero andaluz para más señas, El Rey del Barrio. Desde entonces babeo por prácticamente todos los perros que veo por la calle, y, aun así, no tengo perro, porque yo ni perro, ni hijo: soy el epítome de la vida disipada y de la irresponsabilidad contemporánea. Las plantas en casa se me mueren. Y como no tengo can, los días que estoy triste me bajo al parque del Casino de la Reina a mirar y a tocar los perros de otros, como un pervertido.

Los perros, dicen, son los mejores amigos de los humanos, aunque en muchas tiendas pongan esa pegatina ominosa que reza "nuestros amigos los perros no pueden pasar". Esa no es forma de tratar a un amigo. De todas maneras, cada vez hay más locales, e incluso oficinas, *dog friendly*. Es curioso: no podemos llevar a nuestros bebés a la oficina, pero sí a nuestros perros. En realidad, no me extraña: ¿a quién no le rompe el corazón la mirada de un perro?, ¿qué les pasa a los perros en los ojos? ¿Qué expresión es esa de tierna tristeza y eterno desamparo, ese jadeo? El poeta Fernando Beltrán escribió un poema sobre los ojos de los perros, y cuando lo recita todo el mundo se pone a llorar.

Los perros (*Canis lupus familiaris*) acompañan al ser humano desde hace unos 30.000 años, cuando fueron domesticados y dejaron de ser lobos (*Canis lupus*). Los humanos se dieron cuenta de las habilidades de los perros y los comenzaron a utilizar como

pastores, guardianes, cazadores, al final como animales de compañía, siempre fieles y afectuosos. Ahora perros hay de todo tipo, y extraña que pueda ser la misma cosa un caniche que un mastín.

A mí me enternecen mucho los perros, sobre todo cuando sus humanos les dejan atados a la puerta del supermercado y los perros se quedan mirando hacia dentro, por si su humano nunca vuelve. Empatizo mucho con estos perros, porque yo siempre tiendo a pensar que en cualquier momento voy a ser abandonado por todo el mundo y cuando Liliana vuelve a casa del trabajo, siempre muy tarde, yo me levanto sobre dos patas, muy contento, y le lamo la cara. Es que hay perros, me han dicho, que cada vez que les dejas solos en casa piensan que nunca vas a volver.

Esta afinidad emocional con los perros hace que con frecuencia me vea envuelto en lo que llamo Misiones Perrunas Espontáneas (MPE's) que consisten en comprobar que un perro no ha sido abandonado en mitad de la calle y que el humano de turno, efectivamente, sale del supermercado y se lleva a su animal a casa. En ocasiones, en el transcurso de MPE's, he estado a punto de perder trenes por hacer guardia junto a un perro atado o por seguir a un perrito por la calle Tribulete que no sabía yo si era de esa humana que caminaba a unos diez metros o estaba perdido para siempre en el laberinto de la ciudad.

Los perros más felices son los perros de los perroflautas, porque compaginan perfectamente la libertad de la vida callejera con el bienestar y seguridad que provee un cuidador, igual que los estudiantes Erasmus, con la carrera pagada y todas las noches extranjerías por delante. Se ven también últimamente muchos perros que han perdido sus patas en accidentes, atropellados o porque personas malnacidas les han maltratado o disparado a bocajarro.

Una vez, cubriendo la bendición anual de mascotas en la parroquia de San Antón, Chueca, conocí a los miembros de la asociación Bichos raros, radicada en El Escorial, que se dedica a cuidar de estos animales con diversidad funcional, como se dice ahora. Su presidenta, María García, me dijo que lo bueno de los canes es que aceptan sin trauma su condición y enseguida se adaptan, sin el sufrimiento que experimentamos nosotros. "La primera reacción de la gente es sentir pena por estos animales, pero ellos están tan felices con su silla de ruedas, y en cuanto se la pones ya están corriendo y jugando con otros perros. Es importante que eso se sepa", me explicó. Y me quedé mucho más tranquilo.

AHÍ VIENE LA PLAGA

En el barrio de Lavapiés hay muchas vecinas que son expulsadas de sus hogares y a las que los especuladores inmobiliarios llaman "bichos". Pero a otras vecinas, que son bichos de verdad, cuesta más desahuciarlas: son las chinches (*Cimex lectularius*), que han sido tradicionalmente protagonistas de frecuentes plagas en el barrio. La chinche es hematófaga, como el Conde Drácula, así que se nutre de sangre de humanos y de otros animales de sangre caliente. Suelen salir por la noche a hacer de las suyas, como yo (aunque cada vez menos), y sus lugares favoritos son los colchones o los sofás, igual que los míos. Soy muy chinche.

Las autoridades han denunciado que, con el asunto de los pisos turísticos y las plataformas de compraventa de cachivaches de segunda mano, como Wallapop, los chinches están viajando más de lo debido: se ha detectado un aumento del 20%, según la empresa Rentokil. Es común que los ciudadanos huyan como de la peste de esos colchones que alguien deja apoyados en un árbol de la calle, porque puede estar infestado del bicho chupóptero que te puede hacer la vida imposible. Te clava dos tubos de su boca: por uno absorbe sangre y por otro introduce su saliva, con efectos anticoagulantes y anestésicos. Así durante unos cinco minutos, mientras usted duerme.

El Dios furioso del Antiguo Testamento lanzó espectaculares plagas sobre Egipto para lograr la liberación del pueblo hebreo: el agua que se convierte en sangre, las ranas, los piojos, la peste, la lluvia de granizo y fuego y, sobre todo, el Ángel Exterminador que mató a cada primogénito egipcio, hasta al del Faraón, porque los judíos habían marcado sus puertas con sangre de cordero para que el sicario angelical pasara de largo. En Madrid, afortunadamente, el peligro de las plagas no es para tanto, y tenemos formas eficaces de tratar con ellas. Aunque las autoridades todavía no consideran plagas el turismo asalvajado ni las ominosas despedidas de soltero que, con la llegada de la primavera, florecen pútridas por el distrito de Embajadores.

Para luchar contra las plagas, de chinches o de lo que sea, el Ayuntamiento tiene un Servicio de Prevención y Control de Plagas, conformado por unas 50 personas, al que usted puede acudir, como al Equipo A, para que solucionen sus problemas. "Trabajamos, a veces, con los avisos de la ciudadanía, pero también hacemos censos y conteos de animales, mapas de cómo se distribuyen esos animales por la ciudad y cómo fluctúan a lo largo del tiempo", dice el jefe, José María Cámara, un hombre acostumbreado en el desempeño de su actividad laboral, que tiene algo de aventurera, a subirse a los tejados o bajar a las alcantarillas con la misión de que los bichos

no se desmelenen. "La naturaleza es peculiar, es raro el sitio que no pueda soportar la vida", afirma.

No solo las chinches pueden provocar plagas, sino muchas otras especies animales. Una de las de peor fama son las ratas (*Rattus rattus*), cuya presencia es habitual en las alcantarillas mientras que en nuestros hogares se considera "inaceptable en términos de salud pública". A veces no saltan a la vista y no nos hacen subirnos chillando aterrorizados a una banqueta: pueden discurrir por diferentes huecos y espacios de los edificios, como falsos suelos, falsos techos o falsos tabiques. A las ratas, en cuestión de arquitectura, les gusta lo falso.

Otras clásicas de las plagas urbanas son las cucarachas: la negra o de alcantarilla (*Blatta orientalis*), la rubia o de cafetería (*Blatella germanica*) o la americana (*Periplaneta americana*). Aunque estas son las más habituales, en España existen 4.000 especies de cucarachas, son los animales mejor adaptados a vivir en nuestro ambiente. Las garrapatas, de diferentes tipos (de ave, de perro), también son hematófagas, como los chinches, y se alimentan de la sangre de animales y humanos, con la diferencia de que estas en vez de picar y marcharse saciadas en un momento, puede estar largo tiempo chupando del bote, ahí pegadas, pudiendo transmitir enfermedades. Los humanos suelen encontrarse con ellas cuando realizan actividades al aire libre, como las excursiones, los picnics campestres o el senderismo, a los que se recomienda ir con calzado adecuado y no con sandalias. Avispas, mosquitos, palomas o, en menor medida, termitas o diferentes artrópodos (la galeruca, los escarabajos araña, los grillos, los ciempiés, los piojos de libro o las escolopendras) también pueden convertirse en plaga.

Entre las plagas también hay clases: "Con algunas tenemos tolerancia cero: en el caso de las chinches procedemos a la erradicación antes que al control", explica Cámara, "con otros debemos cohabitar a cierta distancia y siempre alertas, es el caso de las ratas o las palomas". Son animales que forman parte del ecosistema de la ciudad y que no tienen por qué suponer un problema a no ser que su población aumente demasiado o estén donde no tienen que estar. "Se tolera cierto nivel dentro del cual la erradicación no procede", explica el jefe.

Los ciudadanos podemos ser cómplices de las plagas: cuando dejamos comida por ahí tirada, en la calle o en los alcorques, cuando no tenemos los edificios en buen estado de mantenimiento o tiramos lo que no se debe por el inodoro. Por el momento, la existencia de cocodrilos en las alcantarillas de las grandes ciudades sigue siendo una leyenda urbana, aunque algunos días, cuando me siento el WC, lo hago con miedo a que aparezca un mordisco repentino.

UN CHORRO DE NATURALEZA QUE ATRAVIESA MADRID

Madrid, como tantas otras ciudades, tiene río, pero un río muy raro. El Manzanares no cruza el centro de la urbe, sino que pasa de refilón, ejerciendo de frontera natural con los barrios obreros del sur, no tiene un papel protagonista como el Támesis en Londres o el Sena en París, no goza de fama internacional y no suele aparecer en las postales. ¿Sabrán los extranjeros que hay un río en Madrid y cómo se llama ese río? Seguro que alguno se lleva una sorpresa.

Si el germen de la capital estuvo aupado encima de esa cornisa donde lucen hoy el Palacio Real y la Catedral de la Almudena, el Manzanares siempre estuvo allá abajo, lejos, a desmano y, además, humilde, porque el Manzanares, que nace en la sierra, en el Ventisquero de la Condesa, y va a dar al Jarama, y luego al Tajo y luego a Lisboa, ha sido objeto de mofa histórica ("arroyo aprendiz de río", lo llamó Quevedo), no tiene demasiado caudal: su cuenca de vertido no es demasiado extensa. Como relata el escritor Julio Llamazares, en realidad se trata de un río de pueblo que nunca había atraído de manera natural a demasiada población a sus orillas, como si suelen hacer los grandes ríos (también hay oferta y demanda en el mercado de los ríos): por eso cuando Felipe II trasladó la corte a Madrid, el río no estaba preparado y se quedó pequeño. Pobre Manzanares.

Como Madrid tenía complejo de riachuelo y aquello no podía ser, sobre todo en la España franquista, desde mediados del s. XX se empezaron a poner compuertas para embalsar las aguas y que aquella cosa cogiera consistencia, de modo que más que en un río se convirtió en una sucesión de piscinas de agua estancada: parecía más generoso, con una superficie lisa y adormecida, pero no era un río, sino otra cosa. Para mayor agravio, se vio emparedado entre los carriles ominosos de la M30, entre el ruido infernal y los malos humos. En su orilla del sur se fueron levantando los bloques de ladrillo visto de los distritos de Usera o Carabanchel.

Con el soterramiento de la M30 y la creación del parque Madrid Río, inaugurado en 2011, el entorno mejoró notablemente a lo largo de los 7,5 kilómetros de río que cruza la capital. Sin embargo, el río, en sí mismo, seguía siendo un falso río, una línea de embalses, "inertes y a veces malolientes", en palabras de Santiago Martín Barajas, coordinador del área de Agua de Ecologistas en acción, impulsores de la renaturalización del Manzanares. El agua estancada, además, favorecía la abundancia de mosquitos en verano.

El proceso de renaturalización consistió, fundamentalmente, y entre obras y acondicionamientos, en abrir las compuertas en 2016 y dejar que el agua fluyera. A ver qué pasaba. Lo que pasó fue que el nivel del agua bajó de 3,5 metros a 30 centímetros de

profundidad y como el cauce es demasiado grande para el caudal del río, enseguida se formaron islas naturales donde apareció frondosa vegetación. La vida, que siempre acecha, que es imparable y expansiva, regresó en masa al Manzanares, incluso en mayor medida de lo esperado. El verde vegetal sustituyó con fuerza y vigor a las antiguas escolleras grises.

Las razones para la renaturalización del río, según Ecologistas en Acción, son al menos tres. Recuperar ese ecosistema, recuperar su función ambiental como corredor ecológico (ahora los animales y las semillas puede cruzar desde el Monte del Pardo al Parque regional del Manzanares, y así se permite el contacto entre diferentes poblaciones) y la función social: "Es un río que ven casi a diario miles de personas durante buena parte de su vida y ahora tiene mucho más valor. De hecho, antes nadie miraba el río desde sus orillas y ahora hay mucha gente que lo mira", explica Martín Barajas. Es como si el Manzanares hubiera dejado de ser invisible. Eso sí, como nunca llueve a gusto de todos, hubo quien se quejó: un puñado de remeros que preferían disponer del río para la práctica de su deporte, contra el interés de toda una ciudad.

Este nuevo Manzanares de aspecto selvático y asilvestrado, menos encorsetado y mucho más casual y desaliñado, es frecuentado por más de 60 especies de aves, entre las que se encuentran la garza real, la garceta común, el martín pescador, el ánade real o el ruiseñor. Entre los árboles hay hasta cinco especies de sauces (cosa curiosa, porque en el parque Madrid Río no hay sauces), el álamo blanco o el álamo negro; los arbustos son esencialmente carrizo o enea, esa planta que se utiliza popularmente para hacer esas sillas donde se suelen sentar los flamencos (los artistas, no los animales). Según dice la prensa, acaban de volver las nutrias, consideradas en peligro de extinción en la Comunidad de Madrid. Igual quieren ir al Primark de Gran Vía.

Bajo la superficie del agua nadan los barbos, con sus labios carnosos. "La renaturalización ha ocurrido más rápido de lo esperado", afirma el ecologista e ingeniero agrónomo, "ha sido todo un éxito". La mayoría de las especies que se ven en el río son, además, autóctonas. "Es muy curioso: un caso en el que las especies autóctonas han expulsado a las invasoras", explica Martín.

Literalmente, según explica el experto, "hemos conseguido atravesar la ciudad con la naturaleza. Es un logro social muy importante: hay gente que no se mueve nunca de Madrid y que piensa que la naturaleza debe ser un trozo de césped".



LAS PERSEGUIDORAS DE LA PRIMAVERA

Hace un atardecer marciano en la Casa de Campo más profunda, la luz se va volviendo tenue y violácea y se respira una extraña tranquilidad. En mitad del silencio de la dehesa no parece que estemos en la ciudad de Madrid (tal vez es que no lo estamos), ni siquiera que estemos en este mundo.

Entonces, a lo lejos, aparece el rebaño formado por unas 300 ovejas. Se oye la voz de un hombre, perdiéndose entre los árboles y los arbustos, es todo muy raro:

¡Esqueeeeeerrrrraaaa! ¡Esqueeeeeerrrrraaaa! ¡Dreeeeeeta!
¡Pícala! ¡Ñec! ¡Ñec!

La perra Chula, como una centella, corre muy rápido alrededor del rebaño, a la izquierda, a la derecha (la perra entiende el catalán), mordiendo levemente a las ovejas disidentes que se salen de la trayectoria fijada por el pastor. La mayoría le siguen el rollo, alguna oveja valiente se encara con ella durante un instante, pero finalmente entra en vereda.

Chula es una pequeña perra carea, algo despeluchada, nadie diría que este animalito pueda controlar un rebaño entero. Nadie diría, tampoco, que el pastor Dani Montserrate, perteneciente al colectivo Los Apisquillos, una cooperativa ganadera que vive de la producción de carne ecológica, pudiera dirigirla con tanta precisión, como si se tratase de un coche de radiocontrol. Hacen un buen equipo. Cuando el rebaño pasa a través de ti es como estar hundido hasta las rodillas en un río de lana y cuerpos que fluye muy lento. Las ovejas te traspasan como si nada, como el agua, y siguen su camino, buscando más cosas de comer. Hay una muy amable y simpática que se deja acariciar.

Las ovejas del rebaño de la Casa de Campo son rubias del Molar, procedentes de la zona del Molar, muy buenas para la producción de carne y leche, y negras castellanas, de Segovia, muy presentes en la llamada Sierra Pobre de Madrid. "Ambas son razas rústicas, es una forma de conservar la biodiversidad genética que se ha ido generando en estas zonas", dice el pastor, "están muy hechas al territorio y lo aprovechan muy bien: no utilizan grandes cantidades de insumos, de granos, de forraje. Hay poca mecanización en el proceso de cuidado del ganado, o de la cría de los corderos".

Las ovejas que no son rústicas se han ido "mejorando" a partir de las rústicas desde que la industrialización permitió la abundancia de piensos y forrajes y se pudieron seleccionar aquellas que peor resistían los inviernos pero que producían más leche. "Esas son ovejas que necesitan mucho para dar mucho, pero que en situaciones de escasez también sufren mucho, no se adaptan y mueren", dice Montserrate.

Las ovejas pasan unas diez horas pastando cada día y unas tres o cuatro en el corral. ¿Es duro el oficio de pastor? "Uno de los

problemas de la sustitución cultural del mundo rural por el mundo urbano es que hay cosas que no se han sabido adaptar, no ha habido esfuerzos ni pensamientos para ello", contesta Montserrate, "no se ha conseguido conciliar este oficio con la vida de una persona, por eso se ha creado la imagen de alguien huraño y solitario". Según dice, esto antes no era así: el pastor era una figura completamente integrada en el medio rural y bien considerado en su pueblo. Se trata de un oficio que se desarrolla a lo largo de una vida y en el que es fundamental la observación constante del mundo natural. "También es fruto de la observación el manejo de un rebaño: se trata de una negociación constante con las ovejas y con la mediación del perro. Ellas quieren comer todo el rato recorriendo el máximo de territorio posible, siempre quieren encontrar más comida y más buena, y tú tienes que hacerlas ir por donde te interesa".

Las ovejas han regresado a la Casa de Campo desde Puebla de la Sierra por iniciativa del Centro de Acercamiento a lo Rural (CAR), sede de la asociación Campo Adentro, en colaboración con Los Apisquillos. Su estancia por estos lares sirve para limpiar los pastos y prevenir los incendios, para regenerar el suelo y fomentar la biodiversidad, para acercar al urbanita a lo rural, en un área de 900 hectáreas de la Casa de Campo, con la complicidad del Ayuntamiento. "Las ovejas son perseguidoras de la primavera, por eso ahora, en verano, volveremos a subir a la sierra donde las temperaturas son más frescas", dice el pastor. Luego regresarán cuando llegué el duro invierno a las alturas serranas.

La Casa de Campo es uno de los espacios verdes urbanos más grandes de mundo, cinco veces más grande que el Central Park de Nueva York. Comenzó como propiedad campestre de la influyente familia Vargas, en el siglo XVI, luego fue durante largo tiempo patrimonio de la realeza, que lo usaba como coto de caza, pero durante la Segunda República se abrió a la ciudadanía. Además de ovejas, en la Casa de Campo viven los conejos (hay muchos y se les ve por todas partes, como pequeñas explosiones entre la hierba), los zorros, el martín pescador, el búho real, los mochuelos. Es un encinar con arbusto de retama donde también se encuentran sauces, chopos, álamos, olmos, fresnos, pinos, cedros o robles, hasta más de 600.000 ejemplares.

"Pero la verdadera conexión campo-ciudad no está ni en los móviles ni en iniciativas como esta, la verdadera conexión campo-ciudad está en las neveras y los supermercados, en lo que la gente consume, y eso es en lo que hay que trabajar. Hay que consumir con criterio, minimizar el uso de grandes superficies y apostar por el comercio pequeño y las iniciativas de grupos de consumo y el contacto directo con pequeños productores", concluye Dani Montserrate.

LA CIUDAD ES UN BOSQUE DORMIDO

"Acabo de fotografiar un pensamiento que salía de la fisura de una roca", dice Ramón Gómez. Su frase podría ser un verso, qué hermosura, pero en realidad es que a Ramón, paisajista del estudio Herba Nova, le gusta fotografiar y estudiar eso que llamamos flora espontánea, esas hierbas que surgen donde nadie las llama ni las espera, esas que no han sido invitadas a la fiesta de urbe pero que se presentan igualmente, colándose allí por donde pueden. El pensamiento es una de ellas. "A algunas las llaman malas hierbas", cuenta Ramón, "pero me parece muy ofensivo".

El paisajista ha regresado a mi calle, la calle Argumosa, Lavapiés, para iniciar una pequeña expedición en busca de estos seres, casi siempre minúsculos, que brotan por ahí. Vivimos desconectados de estas hierbas que muchas veces ni siquiera advertimos en nuestro camino y que suelen esconder historias realmente interesantes. Hay unas mil especies que crecen espontáneamente en la ciudad, en las condiciones más adversas, como la carencia de suelo o nutrientes, un patrimonio que desconocemos.

Algunas son comestibles, como un amargón que me muestra Ramón en una acera en la esquina con la calle Dr. Fourquet. Otras alucinógenas, como el estramonio, planta de brujas que causó la muerte hace unos años a unos jóvenes que lo utilizaban con fines lúdicos en una rave celebrada cerca de Perales del Río.

"Son especies que se conocen con el nombre de oportunistas", dice el paisajista. A veces llegan por la mano del ser humano, como el caso de la zamarraga, que llegó a España desde Francia en el s. XVII cuando sus semillas se utilizaban como relleno para los animales disecados. Otras entran en las ruedas de los aviones. "La globalización ha hecho que, por ejemplo, haya una coincidencia de entre 60 y 70% entre la flora espontánea de las ciudades latinoamericanas y las españolas", dice Ramón. La aldea global no nos trae solo modas, estrellas de la música *mainstream* y franquicias. También plantas.

Tumbados en la glorieta del final de la calle Argumosa, donde ya se avista el museo Reina Sofía, seguimos mirando las hierbas, bien pegados al suelo en toda nuestra longitud, que brotan entre los adoquines, junto a la fuente, ante la mirada inquisitiva de un coche de la policía municipal que da vueltas alrededor de nosotros y no sabe muy bien qué demonios hacemos allí tirados mirando cosas muy pequeñas. Los transeúntes deben de pensar que somos locos o borrachos, o ambas cosas.

Allí aparece el diente de león. "Es una buena muestra de las estrategias que estas plantas tienen para diseminarse", me cuenta Ramón, "los vilanos del diente de león [esos ligeros y delicados filamentos que vuelan cuando los soplas] pueden permanecer

mucho tiempo suspendidos en el aire y llegar a desplazarse a una distancia de varios kilómetros". La gramínea llamada poa aparece entre dos piedras, y la *veronica arvensis* con su pequeña flor azul, diminuta y delicada. "Fíjate, es mínima, como una joyita", dice el paisajista, "aun así consigue atraer a insectos que la polinizan. Es increíble cómo puede sobrevivir en estas condiciones".

Si no consiguen reproducirse por la vía sexual, muchas de estas plantas lo hacen por la vía asexual, creando clones de sí mismas. Esta capacidad de adaptación es clave en su éxito. Este afán incansable de la vida por perpetuarse es uno de los grandes misterios de la biología: la vida es obstinada. "Pero a diferencia de los demás seres vivos nosotros ya no pensamos como especie, sino que pensamos como individuo, somos muy egoístas", dice el experto.

Los descampados de la ciudad que parecen tan hostiles a la vida, tan deprimentes y olvidados, si saben mirarse podrían ser considerados como un jardín botánico. Allí crece el beleño, otra planta de brujas, la manzanilla bastarda, la malva, el diente de león, la venenosa cicuta que bebió Sócrates.

En la ciudad francesa de Nantes, la artista Frédérique Soulard, nieta de un herbolario, inició en 2014 un hermoso proyecto llamado *Les belles de bitume (Las bellezas del asfalto)*: consistía en escribir con tiza el nombre de estas plantas anónimas allí donde se encontraban, en el asfalto, las fachadas o las aceras. Una forma de visibilizar estas hierbas inadvertidas. El proyecto tuvo tanto éxito que fue acogido por el ayuntamiento de la ciudad, que redujo en un 97,6% el uso de herbicidas y comenzó a organizar visitas guiadas para dar a conocer a esta flora que vive con nosotros. "Nos han enseñado a considerarlas [a las malas hierbas] como plantas indeseables, que eran un signo de mal mantenimiento de la ciudad, pero en realidad nos ayudan contra la polución, filtran el agua de arroyada y evitan la erosión pluvial", dijo un portavoz de aquel ayuntamiento al diario *El País*. Ahora es una ciudad más viva y más verde.

"La ciudad es un bosque dormido", sentencia Ramón. Si la especie humana desapareciese, que lo hará, esta flora espontánea sería la primera en colonizar, como ya hace, este ambiente perturbado (en todos los sentidos de la palabra). Luego vendrían los arbustos y luego los árboles y los animales. Sobre la ciudad brotaría el bosque, invadiéndolo todo. Es una idea que me recuerda a esas ciudades mayas que se ocultan, todavía en gran medida, en las selvas del sur de México y que un día los exploradores descubrieron con asombro, devoradas por la naturaleza. Un hermoso fin del mundo.

EL AGUA BAJO NUESTROS PIES

"Fui sobre agua edificada, mis muros de fuego son". Este antiguo lema madrileño se puede leer en un vetusto mural en la plaza de Puerta Cerrada, entre la Plaza Mayor y el comienzo de las animadas calles de La Latina, nadie suele fijarse en él. Es obra del prestigioso diseñador Alberto Corazón (el mural) y está algo avejentado. El lema se refiere a los inicios de la ciudad de Madrid, edificada sobre aguas subterráneas o arroyos como el que corría por lo que es hoy la calle Segovia, y rodeada con murallas fabricadas con sílex o pedernal: cuando las puntas metálicas de las flechas de los enemigos chocaban contra las murallas producían chispas, de ahí ese fuego en la oscuridad que defendía la urbe primitiva, la musulmana Mayrit.

Lo del agua es fundamental para una ciudad. Hoy en día abrimos el grifo y sale el preciado elemento, y no nos parece milagroso sino cotidiano, lo que nos parece extraño es que no salga: eso es que hay una avería, vaya fastidio. Al agua ahora la damos por hecho, pero antes suponía un problema cuya solución no era tan sencilla. Cuando Madrid se fundó, más que utilizar el Manzanares, que queda ahí abajo, lejos y a desmano, se obtenía el agua de los arroyos y los viajes del agua.

El subsuelo madrileño está lleno de cosas que hacen que la ciudad funcione, entre esas cosas están los viejos viajes del agua, que forman una extensa red en desuso bajo nuestros pies, de cientos de kilómetros, y que abastecieron a Madrid desde la ciudad musulmana del s. IX hasta fechas tan cercanas como mediados del s. XIX. "Son construcciones canalizadoras que traían agua desde fuera de la ciudad, sobre todo desde el nordeste, y abastecían a las fuentes públicas, como la de Embajadores, la de Puerta Cerrada o la de San Francisco. También llegaban a las casas de los poderosos y a los edificios religiosos", explica la paisajista e ingeniera de montes Malú Cayetano, que ha trabajado en proyectos relacionados con el agua en Madrid como *Aguas ocultas*, *aguas olvidadas* o *Perderse en Moratalaz*. Felipe II aumentó la red con más 100 kilómetros de viajes. De hecho, el viaje de Amaniel llegaba al Palacio Real y estaba destinado al uso exclusivo de la realeza.

Los datos del consumo de agua en el siglo XVI que ofrece el Canal de Isabel II y el Ayuntamiento dan una buena idea de cómo era aquella sociedad: el 57% del consumo era privado (para el clero, los nobles y los altos funcionarios), el 5% iba para la Casa Real y solo el 38% para las fuentes públicas. El sobrante, siguiendo la pendiente madrileña, llegaba a las huertas al borde del río y acababa en el Manzanares.

Los viajes del agua son construcciones subterráneas, túneles por los que cabe una persona, por cuyas paredes de ladrillo se filtran

las aguas provenientes de acuíferos subterráneos y que se filtran desde la sierra. El viaje de Amaniel, el que abastecía a los reyes, ha sido restaurado por el Ayuntamiento y se puede visitar. Una parte se ve en la estación de metro de Ópera. Otros importantes fueron el Abroñigal Alto y Bajo (el arroyo Abroñigal es ahora la M30 por el flanco este de la ciudad) o el de la Castellana, también había en Leganitos, Caños del Peral o Fuente del Berro.

El Arroyo Abroñigal fue, tal vez, el más célebre de Madrid. Pasaba, como decimos, por lo que ahora es la M30, construida en los años 70. "Era un sitio donde se solían producir diversos asentamientos informales. Había quien, incluso, vivía en cuevas excavadas en los taludes de tierra del arroyo", explica Cayetano. Muchas de estas personas fueron realojadas en otros lugares con la construcción de la carretera de circunvalación. Francisco Umbral describe aquellas orillas, de cuando llegó a Madrid, como un lugar popular y populachero, pintoresco y pícaro, donde vivían y festejaban (lo poco que podían festejar) los más *outsiders* de la sociedad. Había mujeres lavando la ropa, ventas, tabernas y merenderos con baile. El Puente de Vallecas pasaba sobre el arroyo Abroñigal.

"Con la llegada del Canal de Isabel II, a mediados del s. XIX, se empieza a traer directamente el agua del río Lozoya que entraba por la zona de Tetuán", explica Cayetano. Hoy el Canal de Isabel II, la empresa de abastecimiento de agua, se sigue llamando de esa manera, aunque las formas de abastecer a la ciudad de Madrid de agua se han diversificado y no viene únicamente del Lozoya, sino de hasta 14 embalses (Valmayor, San Juan, Pinillas, Puentes Viejas, Riosequillo, El Atazar, etc). Y no solo. "Debajo de la ciudad, por ejemplo, existe un gran acuífero del que se puede extraer agua en caso de sequía", apunta Cayetano. Este acuífero terciario detrítico, que ocupa gran parte de la zona central de la Comunidad, hasta un 30% de la superficie total, solo se utiliza cuando las cosas se ponen bien feas y bien secas. El Canal de Isabel II tiene una red de 78 puntos de captación a profundidades que varían entre los 200 y los 500 metros. Al final los musulmanes tenían razón: Madrid fue sobre agua edificada, pero un agua todavía más profunda: una enorme masa de agua bajo nuestros pies.

LA VIDA EN LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

En los cedros enfrente del imponente portal del cementerio de La Almudena montan jaleo las cotorras argentinas. Vuelan de un lado para otro, como una explosión de color verde flúor, moviendo ramas, agitando el aire con el violento batir de sus alas. Se trata de una especie invasora cuya superpoblación en toda España preocupa a los expertos. Hay unos 27.000 ejemplares según Seo BirdLife, casi la mitad viven en Madrid, y resultan una amenaza para la flora y la fauna autóctona de allí donde se asientan.

"Destrozan las frutas de los árboles y hacen nidos tan grandes y pesados que a veces se caen, con el consiguiente peligro para el que pasa por debajo", me explica ya dentro del camposanto Jesús González, uno de los jardineros, "el Ayuntamiento tiene que venir y retirar algunos de esos nidos".

El cementerio es la ciudad de los muertos, pero también está lleno de vida. Según me cuenta González, que es un experto observador de las aves, aquí se encuentra la paloma torcaz (una pasa volando mientras hablamos), el colirrojo tizón, la urraca, el mirlo, el estornino o los pájaros carpinteros, que no puedo evitar imaginarme como los de los dibujos animados. "Pican la madera de los árboles en busca de larvas, gusanos o termitas de los que se alimentan", me cuenta, "este es un buen sitio para venir a mirar pájaros".

Para seguir investigando la vida que hay en el cementerio, Pedro Díaz, jefe de los servicios de limpieza y jardinería de los cementerios municipales, me monta en su furgoneta: el cementerio es tan enorme que es imposible recorrerlo a pie, aunque algunos ciudadanos aprovechan esa enormidad para hacer *running*. "Antes los cementerios se veían como un lugar más sagrado, un espacio reservado al duelo y a los difuntos, pero cada vez se utilizan más como un parque", me explica. De hecho, se organizan visitas guiadas para conocer la arquitectura de los panteones o las tumbas de los personajes célebres. A mí no deja de darme yuyu. Aquí están enterrados Lola Flores y su hijo Antonio (unos de los más visitados), Tierno Galván, Pablo Iglesias (senior), La Pasionaria (ambos en el cementerio civil), entre otras decenas de celebridades. Además de jardín, es museo al aire libre. Fundado en 1884, se calcula que puede haber entre tres y cinco millones de cadáveres aquí enterrados, lo que equipararía la población de personas vivas de la ciudad, y las lápidas y las cruces se extienden hasta donde alcanza la vista. Una línea de autobús urbano cruza el camposanto.

Lo que le pone color al triste gris del cementerio son las flores que colocan los familiares de los que ya no están. Según qué zona, casi cada sepultura tiene su ramo de flores, su corona, su centro, su estallido de color. "Hay gente que viene a diario a ver a sus seres queridos", me dice Díaz, "nosotros dejamos las flores hasta que se secan completamente, luego tenemos que retirarlas para mantener la limpieza. Pero lo que no puede ser es que alguien deje unas flores

y no estén a los diez días". No morimos del todo hasta que nos olvidan, así que esta gente quizás no esté muerta del todo. Por eso nos esforzamos tanto en trascender, porque queremos vivir más allá de la muerte, pero lo cierto es que de otra manera viviríamos más tranquilos. Total, ¿para qué?

A nuestro paso se van sucediendo las diferentes especies de árboles. Como sospechaba, el ciprés, cuya sombra es alargada, dijo el poeta, es el árbol más propicio a los cementerios. "Sus raíces crecen verticalmente hacia abajo en busca de humedad y no interfieren con las sepulturas", me dice el jardinero jefe mientras se mantiene al volante. Pero no solo hay cipreses, también acacias *sophora*, castaños de indias, plátanos de sombra, moreras, olmos negros, hermosos rosales plenos de rosas, hasta llegar a unos 9.000 ejemplares. Aquí los árboles, sin el constreñimiento de los alcorques de las calles, los balcones y los edificios, crecen con más libertad y pueden desarrollar completamente sus copas con hermosura. Eso no quiere decir que se libren de las podas: los jardineros también tienen que evitar aquí que crezcan descontroladamente y se produzcan desprendimientos de ramas. "Esto es un pulmón verde de Madrid", afirma Díaz.

¿No le afecta a uno trabajar en un cementerio? "Bueno, en las películas se ha dado una visión muy tergiversada de los cementerios..." Pero no me refiero a los sucesos sobrenaturales, sino al contacto directo y diario con la muerte, con la finitud de los seres humanos. "Eso puede afectarte al principio, pero a todo se hace uno", explica Díaz, "es duro ver a gente triste, llorando al despedirse de un ser al que aman. Nosotros tratamos de ser respetuosos al máximo, y si hay un entierro nos vamos a trabajar a otra zona para no interferir".

No solo hay vida en la superficie del cementerio, sino debajo, en el inframundo de la muerte. Se llama fauna cadavérica a la que aparece sobre el cuerpo humano cuando la vida, aun siendo terca, cesa: los insectos, parásitos y microorganismos que se alimentan de los cadáveres hasta dejarlos secos, pura raspa de huesos. Funcionan por turnos, comiéndose el cuerpo por capas, como si el final de la existencia fuera una factoría perfectamente engrasada. El estudio de la fauna cadavérica, la entomología forense, es muchas veces útil para obtener información sobre las circunstancias del deceso.

Primero, tras el *rigor mortis*, comienza la putrefacción interna a cargo de las bacterias y protozoos que operan dentro del cuerpo. Aparecen las moscas y los mosquitos que se alimentan de los líquidos cadavéricos; luego, a los tres meses, llegan los escarabajos y las polillas, más tarde dípteros y coleópteros que colaboran a licuar el cadáver. Por último, entre los seis meses y el año después del momento fatal entran en escena los ácaros arácnidos, que desecan el esqueleto. Y listo: la muerte es un banquete y una fiesta. Por eso, aprovechen este relámpago que es la vida y este verano enseñen muslamen antes de que sea demasiado tarde. Ya lo dice el refrán popular: lo que se van a comer los ácaros arácnidos, que lo disfruten los humanos.

¿QUÉ DEMONIOS ES UN LIQUEN?

¿Líquenes? Me sonaba el nombre del libro de Ciencias Naturales del Bachillerato Unificado Polivalente (BUP), en los locos años 90, un tomo que recuerdo descuajaringado y lleno de logotipos de bandas de punk que durante las clases pintarrajeaba distraído, tratando de ser lo más fiel posible al original que se veía en las portadas de los discos y en las camisetas. Era la época en la que nos hablaban de cosas como la tundra, la taiga, el permafrost... y los líquenes. Nombres, ecos de fondo, que se habían quedado hilvanados precariamente a mi memoria, pero con significado borroso, significantes sin significado.

¿Qué demonios es un líquen? Me apunté a un taller sobre líquenes en el Centro de Información y Educación Ambiental de la Dehesa de la Villa, uno de los parques más extensos y hermosos de Madrid, desde donde se dominan los enormes crepúsculos de la sierra y donde está el Cerro de los Locos, ese pintoresco lugar donde deportistas y gentes del circo entrenan y ensayan sus pericias.

No solo iba a descubrir qué era un líquen sino también que existen los centros de educación ambiental (nunca había pisado uno) y que allí se celebran interesantes actividades, frecuentadas por vecinos, familias y amantes de la naturaleza, de máximo interés, donde se explica la fauna y la flora que nos rodea. Y gratis.

Allí me encontré con la bióloga Inma González, que dio comienzo al taller ante una audiencia sagaz y muy letrada en temas naturales de unas 20 personas. "Un líquen es una simbiosis entre un hongo y un alga", explicó, refrescándome la memoria. ¿Por qué son estos dos seres tan amigos? Al parecer, según un punto de vista, la simbiosis entre organismos es beneficiosa para ambos: el hongo obtiene nutrientes y el alga se protege de la desecación solar y la deshidratación. Es una unión para toda la vida, pero de verdad.

Según otro punto de vista, el hongo atrapa al líquen en su interior aprovechándose de sus nutrientes y limitando su crecimiento. La bióloga ejemplificó esto con una simpática diapositiva donde se veía una caricatura de un hongo (con rostro) encerrando a un alga (también con rostro, aunque no tan sonriente) presa en una jaula. "La asociación entre ambos organismos les permite enfrentarse a condiciones diferentes y vivir en lugares donde no podrían vivir por separado", explica la bióloga, "la unión hace la fuerza". Como los compañeros de piso, pienso yo, eso que ahora se llama, de manera muy *cool*, *coliving*, pero que es síntoma de la precariedad rampante. También hay precariedad en el mundo natural: la lucha por la vida, y a eso vamos. Recientemente se ha descubierto que en los líquenes puede haber un tercer invitado: las levaduras, que habían pasado desapercibidas hasta 2016, cuando el descubrimiento ocupó la portada de la prestigiosa revista *Science*.

El evento lo organiza la asociación Liquencity, un proyecto de ciencia ciudadana, como veremos luego, que trata de averiguar la diversidad de líquenes que viven en Barcelona y en Madrid y relacionarla, como también

veremos, con la calidad del aire. Porque resulta que los líquenes nos pueden decir muchas cosas del ambiente en el que vivimos. En Liquencity matan dos pájaros de un tiro (es un decir): divulgan los líquenes entre la población y conciencian sobre la contaminación atmosférica.

¿Y cómo es un líquen? Pues puede ser de muchas maneras, todas muy raras. La experta nos muestra diferentes imágenes, y nos enseña a diferenciar los líquenes del musgo. Estos seres extraños pueden vivir en desiertos fríos y en desiertos cálidos, sobre las rocas, sobre el suelo, sobre los troncos de los árboles (la forma más fácil de verlos en la ciudad) o incluso sobre las hojas, casi en cualquier sitio. Algunos parecen, como decimos, musgo, otros parecen manchas, costras o humedades que hay sobre los árboles. Seguramente usted ha visto muchos líquenes sin saber que eran líquenes. Pero ahí están los líquenes, haciendo sus cosas de líquen, sobreviviendo, como todos. "Si extendiésemos todos los líquenes que hay sobre la superficie del planeta ocuparían un 8% del territorio", dice la divulgadora. Nos ponen sobre las mesas unas cajas llenas de ramas con líquenes y unas potentes lupas. Ahí podemos observar aumentadas las curiosas estructuras que forman los líquenes. Una mujer participante, mirando unos líquenes microfoliáceos (tienen forma de frondosas hojas microscópicas), dice que ahí se podría rodar una película de elfos. "¡Qué apotecios más hermosos!", exclama la bióloga examinando otros ejemplares. Y realmente son hermosos esos apotecios, a pesar de su nombre. (Los apotecios son unas pequeñas estructuras del líquen en forma de flor o de ventosa, según se mire).

Entre las utilidades de los líquenes para los humanos están la obtención de tintes y de bases para perfumes. "Los mejores perfumes, los que tienen un olor más duradero tienen que tener componentes de líquen", explica la experta. En algunas culturas se comen como ensalada. Y también se pueden usar como decoración, como ya hace alguna cadena de comida rápida en sus establecimientos.

Pero lo más interesante de los líquenes para la vida ciudadana es que nos pueden servir como bioindicadores de la contaminación. "Al comienzo de la industrialización, a finales del s. XIX, se comprobó que en las ciudades donde había industrias muy contaminantes los líquenes desaparecían", explica, "como son seres muy dependientes de la atmósfera, al no tener raíces, ni sustratos, ni ninguna capa protectora, son fácilmente envenenados por la polución". Es decir, a más contaminación, menos líquenes. Así se pueden hacer mapas de la calidad del aire utilizando la población de líquenes. Incluso, según nos muestra la científica, hay mapas que relacionan con notable coincidencia la distribución territorial de los líquenes con la aparición de casos de cáncer de pulmón. Después nos vamos todos a hacer eso que llaman ciencia ciudadana: exploraremos la Dehesa de la Villa con nuestras lupas y nuestras cintas de medir y subiremos mediante nuestro teléfono móvil (a través de la aplicación Natusfera) la información y las imágenes de los líquenes que encontremos. "Estos datos pasaran a estar disponibles para la comunidad científica internacional", explica González. Aquí también la unión hace la fuerza.

HALCONES DE CIUDAD

Los aeropuertos también tienen su flora y su fauna. Por ejemplo, en el aeropuerto de Madrid, Barajas-Adolfo Suárez, abundan los variados pinares y otras especies como el majuelo, el árbol del amor, el madroño y el saúco. Entre los árboles viven 180 clases de animales, entre los que se encuentran el galápagos leproso, la liebre común, el conejo de monte, el zorro, el gato montés, el turón o la comadreja. Pero lo importante aquí son las colonias de aves: el ánade real, la focha común, el zampullín chico, la urraca o el ratonero. Importante porque alguno de estos pájaros puede encontrarse en el camino de un avión en despegue o aterrizaje, introducirse en uno de sus motores con resultados fatales tanto para el ave como para la máquina.

Para controlar las aves de los aeropuertos existen equipos de cetreros que utilizan halcones y otras aves de presa ornitófagas (que comen pájaros) para mantener la zona despejada. No solo se controlan así las aves en los aeropuertos; otros edificios reseñables, como el estadio Wanda Metropolitano también dispone de un cetrero que evita que las aves se coman las semillas del césped futbolístico o creen colonias en la estructura del edificio y causen molestias o desperfectos. El cetrero del Wanda Metropolitano, Jorge Castaño, suele poner a sus aves nombres de futbolistas del Atlético de Madrid, como Fernando Torres o Kun Agüero. Aves colchoneras. "Mis halcones viven como auténticos futbolistas", dijo en *El País*. También se utiliza la cetrería en algunos edificios de patrimonio, donde las aves pueden causar ciertos problemas y dejarlo todo perdido de cacas.

La cetrería es un arte antiguo, ya se conocía en el Neolítico cuando las tribus nómadas asiáticas utilizaban aves de presa para cazar en las enormes y despobladas estepas, según me cuenta Gorka Arrúe, de la empresa Grupo Aviar, dedicada a la divulgación de esta actividad. En España la práctica se introdujo en la Edad Media. "La cetrería es una asociación muy extraña en la naturaleza porque se da entre dos depredadores: el halcón y el humano", explica. En efecto, el halcón, que es individualista y no gregario como el humano, tiene que crear cierto vínculo con el cetrero para que, después de volar libre por el aire infinito, decida regresar a su lado, cuando muy bien podría irse por ahí a vivir su vida loca. Tiene que volar mucho y sentir su jaula como un refugio. "De tal modo que tenemos que crear el vínculo con el ave siempre a través de estímulos positivos, no mediante castigos que no entienden", me dice Arrúe, "el respeto por los halcones tiene que ser extraordinario". Son socios en igualdad de condiciones y debe primar el buen rollo. No es una domesticación al uso.

El famoso naturalista Félix Rodríguez de la Fuente, que popularizó el asunto natural en su famoso programa televisivo *El hombre y la tierra*, entró en esos mundos a través de la cetrería, que era su pasión y de la que fue un gran impulsor en España, y sobre la que escribió lo que viene a ser la Biblia en español sobre la disciplina: *El arte de la cetrería*. Según me cuenta Arrúe, también Rodríguez de la Fuente es el responsable de introducir la cetrería como un método de control de aves en los aeropuertos: comenzó probándolo en la base aérea de Torrejón de Ardoz en 1968 (se llamó *Operación Baharí*, que es halcón en árabe), dos años después lo implementó en Barajas y luego la práctica, muy eficaz, se extendió a toda España. Hoy en día muchos aeropuertos (sobre todo los costeros) tienen su equipo de cetrería para el control de aves. A los halcones de aeropuerto les tratan como a los boxeadores: controlan mucho su peso, para que puedan volar bien y para que siempre tengan un poco de apetito, que es lo que les hace moverse.

"Lo mejor es tener un halcón muy territorial, que se sienta muy identificado con su territorio, y así evite con su mera presencia que entren en ese espacio otras aves. Algunos se ponen en algún lugar a vigilar, como sobre la torre de control", dice el experto. Lo bueno es que no le hacen ascos a nada: un halcón puede cazar desde un pequeño gorrioncillo hasta una avutarda, una de las aves más grandes que existe. De todas formas, como decimos, a veces ni siquiera tiene que devorar a una presa, el mero vuelo del halcón por su zona puede servir para espantar a los otros pájaros: el poderoso vuelo del halcón da miedo. El halcón peregrino es uno de los animales más rápidos de la Tierra: en vuelo en picado puede alcanzar los 390 kilómetros por hora. Si te cae sobre la cabeza, te mata.

La cetrería ha demostrado ser el mejor método de control de aves en aeropuertos y edificios, ninguna de las tecnologías que se han intentado desarrollar (drones, sonidos, vibraciones, venenos, etc) han resultado tan efectivas. Es una muestra de que muchas veces confundimos innovación con progreso. A veces la solución a nuestros problemas está en el Neolítico.

¿SON LOS PARQUES PARTE DE LA NATURALEZA?

¿Qué es la Naturaleza? ¿Somos los humanos parte de la Naturaleza? ¿Y las ciudades? Viendo un bloque de viviendas de extrarradio, fabricado en ladrillo visto y toldo verde botella, lleno de pintadas, con la ropa húmeda colgada por las ventanas, es difícil decir que eso sea naturaleza. Igual que cuando vemos un coche echando humo por el tubo de escape, un desguace, una fábrica o el rizo de una autopista. Cuando imaginamos la naturaleza imaginamos árboles centenarios, frondosos matorrales entre los cuales saltan los ciervos.

Hay quien piensa que nosotros los humanos y nuestras creaciones somos también parte de la naturaleza, por urbanas o industriales que sean. Otros, la mayoría, solemos asociar la naturaleza a eso que está fuera de la ciudad, al campo, a lo rural, a ese mundo del que hemos salido, pero del que nos hemos independizado como un estudiante universitario. Un mundo que solemos conceptualizar como un jardín del Edén, una Arcadia perdida, pura armonía cósmica, pero que en realidad también puede ser brutal y horrendo. Aparecen las leonas, le abren a mordiscos el bajo vientre al cervatillo y devoran sus vísceras.

Lo más parecido a la Naturaleza, así con mayúsculas, que hay en la ciudad son los parques públicos. En Madrid hay muchos y muy hermosos, aunque en el puro centro a veces cueste encontrar un poco de verde. Pero está el Jardín del Buen Retiro, el Parque del Oeste, el Parque Lineal del Manzanares, la Dehesa de la Villa, el Parque de Berlín, el Parque Tierno Galván, el enorme Parque Juan Carlos I y la también enorme Casa de Campo, entre otros. En algunos de estos parques la gente hace el amor, y eso es hermoso.

Precisamente me encuentro con el filósofo Ramón del Castillo en el Retiro. Es autor del reciente ensayo *El jardín de los delirios, las ilusiones del naturalismo* (Turner), y me habla de las bicicletas que se alquilaban aquí a los niños de su época (no es tan viejuno como presume), de los árboles más venerables del parque o de un oso que tenían en cautiverio en La Casa de Fieras, que olía muy mal y que daba mucha pena, todo el día encerrado dando vueltas en su pequeña jaula, "aunque entonces no sabía nada de ecología, al menos me daba cuenta de eso".

"La gente de ciudad no somos insensibles a los encantos de la naturaleza porque en las ciudades hay muchos, más de los que parece", escribe el profesor, tal y como yo he tratado de demostrar con mis exploraciones. El libro de Ramón habla de las diferentes visiones que tenemos los seres humanos sobre la Naturaleza. Y de los jardines y su relación con lo natural, sea eso lo que sea.

"Los jardines son una parcela de la naturaleza domesticada, modelada con capricho", dice Ramón, "pero de jóvenes actuábamos

dentro de ellos como en la selva: los confundíamos con la naturaleza pura porque no íbamos al campo lo suficiente". En efecto, los parques son una imitación de la Naturaleza lo más fiel posible que los seres humanos queremos y podemos permitirnos en las ciudades. Son la Naturaleza ordenada a nuestro gusto, con solo las partes que nos agradan y sin las que nos incomodan. También depende del parque: mientras que en un parque de estilo francés, versallesco, lleno de setos bien cortados, laberintos y parterres repletos de vistosas flores se ve claramente la mano del humano, como en una obra de arte, en el parque de tipo inglés se trata de recrear el ambiente romántico del bosque, sin tanto cuidado y simetrías. Sigue siendo artificial, aunque tampoco sabemos qué es "lo natural": probablemente no exista espacio en el planeta que no haya sido tocado por la mano del hombre, aunque sea de forma sutil. El cambio climático es una muestra de que nuestro efecto puede estar en todas partes, sin necesidad de manos.

No hay animales salvajes que nos puedan devorar en los parques, y si los hay están en cautiverio, como estaban en la Casa de Fieras del Retiro. No hay arbustos feos y asilvestrados, ni zonas intransitables de maleza a las que haya que acceder tirando de machete. Un ejército de jardineros trabaja fuertemente para que las cosas no se vayan de madre. Como explica Ramón, los jardines son el resultado de la fuerza, quizás no de una fuerza bruta, pero si de una fuerza refinada que los somete. Los parques son la Naturaleza amable y se parecen bastante a esa idea edénica de la Naturaleza, cordial e inofensiva, a la que nos gusta ir a pasear los domingos y tumbarnos un rato, entre niños, vendedores de helados, abuelos, músicos callejeros y perretes. "Confundir un jardín con la naturaleza sería como confundir un acuario con un océano o un terrario con un desierto", escribe Ramón del Castillo.

El sociobiólogo Edward Wilson, famoso por sus estudios sobre las hormigas, propone en su proyecto Half Earth que el ser humano deje el 50% del territorio planetario para que la naturaleza se desarrolle sin interferencias. Yo ya había fantaseado en otras ocasiones, en exploraciones anteriores, con la desaparición de la especie humana de la faz de la Tierra (sería el proyecto Whole Earth) y con la pregunta de si no sería eso muy bueno para que el planeta, libre de la carcoma que somos, se quedara tranquilo. Así que se lo pregunté a mi amigo filósofo.

Ramón, ¿tú crees que debemos extinguirnos como especie humana para dejar a la naturaleza en paz?

¿Qué pregunta es esa un viernes a estas horas? Lo mismo hay otras soluciones como meter mano a las multinacionales, rebelarse contra una economía explotadora y denunciar a los políticos que camuflan de verde su capitalismo. La ecología va a suscitar muchos más debates antes de la extinción, te lo digo yo.

VERANOS DE LA VILLA

VERANOS DE LA VILLA

VERANOS DE LA VILLA

VERANOS DE LA VILLA

VERANOS DE LA VILLA